

EL PODER DE LA PALABRA DE **Dios** PARA CON SU PUEBLO

Oh, Dios, cuando miro los cielos, mi corazón salta de alabanza y adoración a tu persona. ¡Que hayas condescendido a pensar en alguien como yo! No tengo nada deseable, y sin embargo miras mi corazón con gran anhelo. Tu Espíritu me ha revelado aquello que solo Él puede revelar: que me amas y te complaces en mí. En el nombre de Jesús, amén.

Dios escribió la Biblia tal como se nos dio al principio, y es una fuente confiable de verdad auténtica. Todo lo que contiene es cierto, pero no todo lo que es cierto está contenido en ella. Podemos aprender de la Biblia todo lo que nos enseña, pero de la Biblia no puede aprenderse todo, por el motivo de que la Biblia no lo enseña todo ni afirma hacerlo. La Biblia enseña lo que tiene que ver con la redención. Es un libro que se interesa por nuestro rescate del pecado y de la muerte, nuestra rehabilitación moral y nuestra regeneración espiritual.

El propósito deliberado de las Escrituras es mantenernos en el buen camino, hacernos útiles, induciéndonos a crecer hacia la madurez de un cristiano adulto, y prepararnos para el viaje a la eternidad. El interés de la Biblia radica en tales cosas; sin embargo, la geometría no le interesa.

No podemos ir a la Biblia para aprender geometría, pero sí

acudir a ella y aprender que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn. 3:16). No podemos aprender en la Biblia cómo hornear una tarta o lanzar un cohete al espacio, pero sí podemos descubrir que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3).

La Biblia revela la verdad que necesitamos saber para vernos salvos del pecado, regenerados, moral y espiritualmente rehabilitados, y preparados para el día del Señor. Todo está ahí, y es esto lo que quiero decir cuando afirmo que la Biblia es la única fuente para nuestra práctica diaria; la única fuente definitiva y auténtica de información relativa a las cosas relacionadas con nuestra salvación.

Las verdades que pueden descubrirse en la Biblia y las que no

Entre las verdades que hallamos en las Escrituras se encuentran las que se nos manifiestan como revelaciones. Una revelación es el desvelamiento de verdades que antes no se conocían y que no se pueden descubrir.

Hay cosas que se pueden descubrir. Los científicos descubrieron el átomo. Un siglo antes de Cristo, Lucrecio escribió un libro, *Sobre la naturaleza de las cosas*, y nos dijo que existían los átomos. Pensaba que los átomos eran diminutas partículas duras de materia con las que se elaboraban todas las cosas, del mismo modo que el cemento para la construcción se elabora con pequeñas porciones de arena y cemento. Podemos disgregar algo y descubrir las partículas diminutas que lo componen. Lucrecio se acercó maravillosamente a la verdad sobre los átomos, a pesar de que no contaba con las ventajas de las técnicas científicas y la información modernas.

La estructura molecular y las cosas por el estilo se pueden descubrir. Incluso algunas de las verdades que hallamos en las

Escrituras pueden descubrirse. Aunque Dios inspiró la escritura de la Biblia y a aquellas personas de las que leemos en sus páginas para que dijeran cosas, a menudo tales cosas se podían descubrir. Por ejemplo, David dijo:

Quando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? (Sal. 8:3-4).

Esto fue un comentario inspirado en el que el Espíritu de Dios movió a David para que escribiera este salmo, y contiene un beneficio espiritual para nosotros. Pero no es una revelación, porque es una reacción que cualquiera podría tener, incluso un ateo o un comunista. Cualquiera persona puede mirar al cielo y decir: “Cuando contemplo todo ese espacio, ¿qué es el hombre?”.

Como contrapunto a la escena nocturna que describió en el salmo 8, en el salmo 19 David reflexiona sobre el cielo diurno: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite Palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría” (Sal. 19:1-2).

En el versículo 5 describe el sol, que, “como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino”. Visto desde la Tierra, este es precisamente el aspecto que tiene el sol: el gran y glorioso esposo del mundo que refulge en su esplendor.

Ambos salmos son inspirados, pero en ellos no hay una revelación particular. Cualquiera podría decir lo mismo: que los cielos declaran la gloria de Dios y el firmamento la obra de sus manos. Esta es una verdad que se puede descubrir.

Puede parecer una distinción meticulosa, pero existe una diferencia entre la verdad revelada (que no se puede descubrir) y la verdad que sí se puede descubrir, pero a pesar de ello es inspirada, en el sentido de que se incorpora a las Escrituras y

se convierte en parte del canon inspirado de la verdad divina. Nadie podría haber descubierto, por ejemplo, Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo”.

Sin embargo, volviendo a los salmos, veamos cuántas cosas se pueden descubrir aquí:

Se llenan de savia los árboles de Jehová, los cedros del Líbano que él plantó. Allí anidan las aves; en las hayas hace su casa la cigüeña. Los montes altos para las cabras monteses; las peñas, madrigueras para los conejos. Hizo la luna para los tiempos; el sol conoce su ocaso. Pones las tinieblas, y es la noche; en ellas corretean todas las bestias de la selva. Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida. Sale el sol, se recogen, y se echan en sus cuevas. Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde (Sal. 104:16-23).

Cualquier observador podría ver estas cosas, y sin embargo el Espíritu Santo inspiró al hombre de Dios a escribirlas en este salmo. Combina verdades que se pueden descubrir con otras que no es posible descubrir; escribió este poema inspirado por Dios sobre la naturaleza, quizá el poema sobre la naturaleza más importante de toda la literatura humana.

Espero no haber confundido demasiado este tema. Las Escrituras contienen tanto verdades observables como otras que no se pueden descubrir. El hombre de Dios dice, cuando contempla las estrellas y la luna de noche: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”. Es una reacción que podría tener todo el mundo, una verdad a la que se puede llegar mediante la observación y el razonamiento. Pero entonces llegamos a Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Aquí no solo hay inspiración,

sino también revelación de una verdad que la mente humana jamás podría descubrir.

La gloria y la escoria del universo

Tal como se revela en uno de los salmos que ya hemos comentado, David observaba a la humanidad con sus ojos humanos, y entonces, mediante una visión profética, vio al gran Hijo del Hombre. Mediante cierto tipo de doble exposición, los incluye a ambos en el cuadro: a la humanidad como hombres y mujeres ordinarios, y luego a Jesucristo como el gran hombre nacido de mujer para vivir entre la humanidad. David dice que Dios creó a la humanidad (y, durante un corto espacio de tiempo, al Hijo del Hombre) poco menor que los ángeles (ver Sal. 8:5).

Blaise Pascal, el gran matemático y filósofo francés, escribió lo siguiente en su obra *Pensées*:

El hombre no es sino una caña, el ser más débil de la naturaleza. Pero es una caña que piensa. No necesita que el universo entero se levante para aplastarle; una exhalación, una gota de agua, bastan para destruirle; pero aun si el universo destruyera al hombre, este seguiría siendo más noble que aquel, porque sabe que muere, y el universo, incluso al prevalecer sobre él, ignora su propio poder.

También dijo esto:

¡Qué quimera es el hombre! ¡Qué novedad! ¡Qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, débil lombriz de tierra, depositario de la verdad, sumidero de incertidumbre y de error, la gloria y la vergüenza del universo.

Esto no tiene por qué gustarnos, pero es así y más vale que lo asumamos. Somos tanto la gloria como la basura del universo, pero nunca habiéramos sido la escoria universal si no hubiésemos elegido el sumidero. Si el pecado no hubiera entrado en el mundo y el hombre no hubiese pecado, nunca habríamos sido la escoria del universo. Cuando nuestro Señor concluya con su obra redentora, habrá vuelto a hacer que su pueblo sea la gloria del universo. Entonces vendrá para ser admirado en sus santos y glorificado en todos aquellos que le buscan.

El hombre es la criatura más débil que existe, pero es la única consciente de su debilidad, y ahí radica su gloria. Es capaz de saber lo débil que es, y ninguna otra criatura tiene el mismo conocimiento. Si le preguntásemos a un mosquito (que considero una criatura muy débil: lo tocamos y muere): “¿Eres débil?”, no creo que dijera: “Sí”. No sabe que es débil, y aunque lo supiera, no podría contestarnos. Ni siquiera sabría qué le habríamos preguntado. Supongo que a los mosquitos, los seres humanos no les gustamos especialmente. Si los mosquitos hablaran, nos llamarían “el animal que golpea”, porque es lo único que saben de nosotros. Para los mosquitos, no somos más que las criaturas que les dan un golpe cuando se posan en nuestra piel.

El hombre es el desconocido, el digno de compasión, el maravilloso, el débil, el misterioso... y sin embargo es la única criatura que sabe que es todo esto. El hombre es la única criatura que peca, y aun así es la única que puede saber que peca y que lamenta su pecado. El hombre es el único ser que ríe; es la única criatura que sabe lo necia e incoherente que es, y que se ríe de sí mismo. Es la única criatura que aspira a más, porque no hay ningún otro ser insatisfecho consigo mismo. El hombre es el único que no está contento con lo que es, y desea ser algo más.

Hoy día los hombres pueden salir del mundo, dar vueltas a su alrededor y contemplarlo, porque somos la única criatura que

aspira a trascender su realidad presente. Los demás seres vivos son exactamente lo que siempre fueron.

La única otra criatura que mejora es aquella a la que el ser humano manipula y cruza con otra. Las reses Guernsey, Jersey, Holstein y Hereford que vemos apiñadas en grupos reducidos bajo los árboles los días que hace calor son razas híbridas. Es decir, que un cuidadoso proceso de cruce ha hecho de ellas lo que son. El hombre tomó una pequeña vaquilla con el espinazo torcido y la cruzó con otra res para mejorarla. Entonces tomó a sus descendientes y los cruzó para obtener otra raza mejor, y así hasta llegar a estas reses tan hermosas. Si un hombre agarra algo, lo cruzará, porque el ser humano es el único con aspiraciones. Los demás seres vivos, no. ¿Qué nos señala esto? Que Dios hizo al hombre a su propia imagen. El hombre lleva la imagen y la semejanza de Dios, y de nada más que se pueda decir.

El ser humano es la única criatura que ora. Dios hizo al hombre para adorar; es la única criatura del mundo hecha para relacionarse con Dios de esta manera. El león ruge tras su presa, y el ave elabora su nido en los matorrales. Sopla el viento de tormenta y cae la nieve, pero la nieve no ora, ni tampoco el pájaro, ni el león, ni el viento tormentoso.

Nosotros, que oramos, podemos leer oraciones en la naturaleza, pero no están en ella hasta que imaginamos que sí están. Oímos que el viento sopla y decimos que musita sus oraciones al cielo, pero eso no es más que nuestra imaginación. El viento sopla, nada más; somos tú y yo quienes susurramos. De forma parecida, decimos que el pajarillo mete su pico en el río y luego levanta la cabeza para agradecerle el agua a Dios, pero el pájaro no hace más que levantar la cabeza para poder tragar el agua. Eso es todo. No es más que un acto mecánico. Ningún pájaro ora.

El hombre, considerado una criatura física diminuta en la vastedad del universo, es realmente pequeño. Visto como criatura

espiritual en el seno de Dios, es más grande que todos los vientos que soplan, todos los montes que se yerguen, todos los mares que baten y todos los ríos que corren al mar. Es grande porque Dios le hizo a su misma imagen. Por eso el Hijo vino a nosotros como lo hizo. ¿Por qué quiso el Hijo eterno convertirse en hombre? Era el Hijo de Dios. ¿Por qué convertirse en el Hijo del hombre? Porque esa criatura portadora de la imagen de Dios había pecado; se había convertido en la gloria y en la escoria del universo.

Cristo, cabeza de la humanidad

Cristo vino en forma humana para llegar hasta el mismo punto en que estábamos. Si hubiera llegado al mundo como un niño de diez años, habría habido nueve años de los que no sabríamos nada. Si hubiera venido como un niño de cinco, los años ignotos hubieran sido cuatro. Si hubiera llegado teniendo un año, los meses anteriores serían desconocidos.

Incluso si hubiera venido como un bebé mediante un milagro distinto al nacimiento, quedarían por explicar los nueve meses anteriores. Pero “el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:35). Jesús se remontó hasta el inicio originario de la vida humana, para saber todo lo que sabe el hombre y desarrollarse de la misma manera que cualquier otro, hasta llegar a la madurez plena.

Vino hasta donde estábamos. Si hubiera nacido en un palacio, es posible que hubiera habido personas, nacidas en chozas de adobe y de paja, a las que no habría comprendido; pero nació en un establo para conocer a los más pobres entre nosotros.

Ahora Cristo es la cabeza corpórea de la raza humana y, bajo su mando, la humanidad recuperará su soberanía perdida. “Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas”, dice el escritor de Hebreos (2:8).

Jesús vino para gustar la muerte por todos los hombres. El verbo “gustar” no significa probar, como lo haría un niño con un alimento para luego rechazarlo. Significa “experimentar”. Jesús experimentó la muerte por todas las personas. Nació, se hizo hombre, murió y resucitó de entre los muertos. Salva a su Iglesia, es decir, ese pueblo redimido, regenerado, lavado por su sangre, perdonado, que forma la verdadera Iglesia. La Iglesia que Dios reconoce y aprueba dentro de la vasta cristiandad que Él rechaza.

Aún no vemos con nuestros ojos todas las cosas sometidas a Él; pero, por la fe, sí que las vemos. La fe es cierto tipo de vista, porque ve lo que aún no ha sucedido. Si tenemos fe, actuamos como si pudiéramos ver las cosas que creemos. Si afirmamos creer pero no tenemos fe, actuamos como si fuésemos incrédulos.

Decimos que creemos en la revelación. Creemos en la inspiración. Creemos en el hombre hecho a imagen de Dios. Creemos en Dios, quien hizo a la imagen del hombre la encarnación del Hijo santo. Decimos que creemos que Cristo gustó la muerte por todos los hombres, para que dejemos de ser la deshonra de este universo y volvamos a ser su gloria.

Sin embargo, si creemos realmente tales cosas, empezaremos a actuar como si las viéramos. Recuerda que tú no crees de verdad en algo hasta que actúas en consonancia con ello. Cuando alineas tu vida con tu fe, eres creyente, pero cuando tu vida no encaja con tu fe, no eres para nada un verdadero creyente. Creemos que Cristo gustó la muerte por todos los hombres, y que pronto triunfará sobre todas las cosas, y Dios someterá todas las cosas bajo sus pies. Yo creo esto. Creo que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, en los que habitará la justicia.

Dios limpiará su universo. Cuando venga Aquel que reinará por derecho, y sea el Señor sobre toda su creación, habrá un nuevo cielo y una nueva Tierra. Toda la creación, sometida ahora a la esclavitud de la depravación, espera ese gran día. Dios per-

mitirá que el ardor de su presencia destruya todo mal, de modo que pueda sustituirlo por todo lo que es bueno.

El Espíritu Santo dice: “No vemos todas las cosas sometidas a Dios, pero vemos a Jesús”. Dios ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Aún no hemos visto que sea así, pero tenemos fe, y veremos a Jesús, quien durante un poco de tiempo fue hecho menor que los ángeles para poder gustar la muerte. Le vemos coronado con gloria y honra a la diestra de Dios, el Padre todopoderoso. Cuando regrese, pondrá todas las cosas bajo sus pies.

Por lo que a mí respecta, con la ayuda de Dios, quiero vivir para ese momento. Quiero que mi dinero viva para ese momento. Quiero que mis talentos, sean cuales fueren, vivan para ese momento. Quiero entregar mi tiempo para aquella hora en que Él volverá. No quiero vivir para el mundo mientras se acerca ese instante. Quiero vivir para ese día mientras se aproxima. Creo con todo mi corazón que Dios ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y que uno de estos días Él volverá para recuperar su poder y su reino. *Que Dios permita que tú y yo estemos listos. Amén.*

Pronto la noche viene

Anna L. Coghill (1836-1907)

Pronto la noche viene,
tiempo es de trabajar;
los que lucháis por Cristo
no hay que descansar;
cuando la vida es sueño,
gozo, vigor, salud,
y es la mañana hermosa
de la juventud.

Pronto la noche viene,
tiempo es de trabajar;
para salvar al mundo
hay que batallar;
cuando la vida alcanza
toda su esplendidez,
cuando es el mediodía
de la madurez.

Pronto la noche viene,
tiempo es de trabajar;
si el pecador perece,
idlo a rescatar,
aun a la edad madura,
débil y sin salud,
aun a la misma tarde
de la senectud.

Pronto la noche viene,
¡listos a trabajar!
¡Listos!, que muchas almas
hay que rescatar.
¿Quién de la vida el día
puede desperdiciar?
“Viene la noche y nadie
puede trabajar”.

